

Horacio Salas

LAS CASAS

La destrucción comienza en esas casas
que van dejando al aire sus ladrillos,
restos de papel floreado sobre la medianera
y escaleras que no llevarán ya a ninguna parte.
A veces los balcones permanecen como si se resistieran
a dejar los últimos restos de vida de la casa,
como si pretendieran cubrir la decadencia de las puertas
arrumbadas sobre el desnivel de los baldíos,
donde la oxidación se ensaña con las viejas persianas.
Siempre hay una flor que brota como una sombra más
entre las sombras
que aún recorren el olvido de las habitaciones derruidas.
Los impúdicos restos, los dibujos de hollín en las
molduras,
un número de teléfono escondido en un retazo de papel
que burla la intemperie, subsisten todavía,
pero nada podrá salvar las casas.
Las balaustradas que perduran en compactos jarrones
acaso no lleguen a presentir la muerte
que anda rondando las enredaderas,
los últimos jazmines empujados hacia el sur,
las descascaradas flores de mampostería
que atestiguan las transformaciones como una menar
del olvido.
Cada día estrujamos un nuevo fragmento del pasado;
un día los rostros de la antigua ciudad
habrán cambiado su voz,
y comenzarán a hundirse en el silencio de las fotografías.
Los muertos también se habrán llevado su recuerdo.

ELLA

Ella de cuerpo entero o sólo por fragmentos
ella con las piernas cruzadas sobre una manta roja

cumpliendo el rito mágico de poner un bollito de nailon
debajo de la almohada
con la piel de sus manos más suave que los recién
nacidos
ella mirando el vacío
con el pantalón deshilachado
o rozando mis muslos con sus muslos
ella milímetro a milímetro
ella entre las sábanas
con su cintura en el aire de la casa
con copos de jabón cayendo de los hombros
ella sonriente con un vaso de vino entre los dedos
o su voz a través de los teléfonos
con ese tono apenas perceptible con que dice mi nombre
ella con breve ropa transparente
ella cuando me besa
cuando queda atrapada en una foto
combinando colores en las telas
ella entre mis brazos
debajo de mi cuerpo
durmiéndose en mi hombro
Ella.

LAS OTRAS

Hay mujeres para quienes se hicieron las caricias,
para quienes se estiran las puntas de los dedos y se
humedece la boca,
para quienes la voz se agrava, se ahueca, se atenúa.

Mujeres como la de Breton talle de castor entre los
dientes del tigre
mujeres como ésta que quiere que le escriba mi nombre
en el ombligo.

Algunas —curiosamente- están hechas a la medida de
mis manos,
para hacerme cosquillas entre la línea de la vida y la
del corazón.

Para ellas se fabricó la lluvia, las hojas amarillas del
otoño,
el fondo del café, las últimas páginas de un libro, la
ternura,
para ellas existe el desayuno, la piedad de la noche,
las curvas de la oreja, la claridad del día,
y especialmente las yemas de mis dedos.

Las otras no existen,
son las feas.